

TIEMPO DE TESTIGOS

Uno se siente un poco «raro» ante este aviso de Jesús. Por una parte no forma parte del marketing al que estamos acostumbrados el que te avisen que esto de ser cristiano te va a traer complicaciones y dificultades tan desagradables. Esto no «vende» en una sociedad donde todo tiene que ser cómodo, agradable, divertido, opcional...

Por otra parte, me inquieta que, personalmente, no haya tenido hasta ahora dificultades como las señaladas a la hora de vivir mi seguimiento de Jesús. Y me inquieta porque, en otro lugar del Evangelio, Jesús insiste de nuevo en que si a él le persiguieron, también lo harán con nosotros. Y que ¡ay si hablan bien de vosotros! Y me inquieta porque entiendo que vivir en serio el Evangelio tiene que resultar incómodo, fastidioso y molesto a quienes quieren hacer de la sociedad otra cosa distinta de la que nos propuso Jesús de Nazareth. Sé que en otros lugares del globo esto es una realidad, por más que los medios de comunicación nos den noticias escondidas en algún rincón y como de pasada, sobre religiosos, obispos y laicos que han sido eliminados sencillamente por ser cristianos coherentes y comprometidos con su fe. Pero no es mi caso.

Algunos hermanos sienten que en esta España en la que vivimos están persiguiendo a la Iglesia. Yo no me atrevo a afirmar tanto. Posiblemente sí que se estén produciendo profundos retrocesos en el rol que la Iglesia ha jugado en la sociedad, y que la presencia de lo religioso en la sociedad civil esté disminuyendo mucho. Sí creo que es justo que la Iglesia procure para sus miembros las mismas condiciones de libertad que el conjunto de ciudadanos y denuncie las trabas injustas que se oponen al despliegue de su vida y actividades. En cualquier caso es evangélicamente más saludable ser discriminado negativamente que ser privilegiado por los poderes sociales o políticos.

Me resultan hoy muy oportunas aquellas palabras de la *Gaudium et Spes* del Vaticano II:

«La Iglesia no pone su esperanza en privilegios otorgados por el poder civil. Más aún: renunciará al ejercicio de ciertos derechos legítimamente adquiridos tan pronto como conste que su uso puede empañar la pureza de su testimonio o cuando las condiciones de vida exijan otras disposiciones». (GS 76).

Pero dejando a un lado este tema, me preocupa muchísimo más que el mensaje del Evangelio (y en general de las grandes religiones) resulte superfluo e indiferente a una parte cada vez más significativa de nuestra sociedad. Peor que la persecución y el acoso es la indiferencia y el pretender que la fe sea un asunto privado e íntimo que no repercuta en absoluto en los asuntos.

Es muy oportuno en estos tiempos de final de una época y transición a una nueva la presencia de TESTIGOS. Tendréis ocasión de dar testimonio. Y me parece muy saludable que hoy nos preguntemos qué testimonio necesita nuestra sociedad desconcertada y confusa. El testimonio de la escucha tranquila al hermano en este mundo de prisas, individualismo y desinterés, de la acogida en la caridad a los marginados, del perdón a quien te hizo daño, de la serenidad en los momentos difíciles de la vida, de ser instrumentos de paz e integración, de ser mensajeros de buenas noticias (y sobre todo de la Buena Noticia)... (¡¡¡ y tantos más!!!)

Los Obispos Vascos, en su carta cuaresmal de 2005, se proponían:

Tres nos parecen los mensajes y testimonios que la sociedad necesita recibir especialmente de nosotros: que Dios es el único Absoluto; que la dignidad de todo hombre es intangible; que hay motivos para la esperanza.

Lo comparto plenamente. Ya he dicho que podrían ser muchos más. Y todo esto no tanto con palabras, declaraciones y documentos de lenguaje elevado, sino con la vida, con la propia experiencia. Que no otra cosa es ser testigo. Un faro luminoso en medio de la noche. Es cierto: Tenemos ocasión de dar testimonio. Es el tiempo de los testigos.